

El arbolito

por JOSE DE ARTECHE

Mi querido amigo Boni Otegui me sugiere el tema de este año en la revista OARSO. La integración al país de la masa de foráneos que, en gran número, viene buscando aquí trabajo. Acepto sin dudar un instante. No se trata de hacer literatura, sino de algo mucho más importante. De explicar ideas con sentido cristiano acerca de un tema que suele considerarse un poco tabú.

A mí, personalmente, el tema me atrae. Más de una vez aludí a él en colaboraciones periodísticas. Las cordiales páginas finales de mi *Portar bien!*... afrontan el problema. Puse en esas páginas toda mi alma.

Oteiza, en una de las más admirables notas de su *Quousque tandem...*! alude a la cuestión sin pelos en la lengua. Después de esas palabras valerosas sería pueril hacerle remilgos al problema. Oteiza, con imágenes sangrantes, clama por el mejor entendimiento de todos, aunque sin eludir el fundamental matiz del elemental respeto debido por el foráneo a las peculiaridades de la tierra que adopta para vivir. En esto, Oteiza es tajante.

Recuerdo un lejano artículo mío en *La Voz de España* dedicado a los inmigrantes. Decía entonces que, generalmente, los foráneos adoptan al llegar a nuestra tierra dos distintas actitudes. La primera consiste en tratar de abrazar desde el primer momento nuestros usos y costumbres. La experiencia enseña que el país corresponde generosamente a esta actitud. Estos foráneos llegan pronto al cargo de alcaldes o andan muy cerca de obtenerlo. Habría infinidad de ejemplos para ilustrar este caso.

Pero existe también el foráneo que se constituye inmediatamente en un vivo y grave problema para la tierra a donde llega, y asimismo en problema para sí mismo. Esta clase de personas todo lo encuentran mal; nada les satisface. El tiempo va enconando cada día más su incurable resentimiento. Son —por definición— los separadores. Poca gente conozco más peligrosa. Produce estragos. Sé casos verdaderamente trágicos. Uno, el de un foráneo, casado por cierto con vasca, que llega a insultar a su hijo porque, naturalmente, le tiran las costumbres de la tierra natal. Esto no se lo perdona.

Conviene hablar del problema con absoluta lealtad. Tan condenable es esta absurda postura como cualquiera otra inspirada en el resentimiento xenófobo. Nunca es tarde si se tiene voluntad cordial.

Soy entusiasta convencido del poder asimilador del paisaje. Para mí, el paisaje posee insuperable poder de asimilación.

Hace más de cuarenta años un pueblo castellano emigró en masa a una de nuestras más importantes villas industriales. Es fama que estos mismos castellanos y sus descendientes son hoy en ese pueblo los elementos más distinguidos por su xenofobia, los primeros en hacer notar más acerbamente a los actuales inmigrantes su foraneidad, los primeros en utilizar el atroz calificativo de *coreanos* y en lanzarlo a la cara de los que vienen.

Conocido es también el caso del pueblo guipuzcoano de Arrona, un pueblo eminentemente vasco, a una de cuyas in-



dustrias, al final de la guerra civil, fue transferida una compañía de prisioneros procedentes de Castilla la Nueva y Extremadura. Sus mujeres y sus niños no tardaron en unírseles. Las circunstancias de su vida en Arrona fueron al principio durísimas. Para subsistir, algunas de aquellas mujeres ejercían la mendicidad en los pueblos del contorno. Eran los años del hambre...

Hoy, aquellos inmigrantes y los que vinieron luego a juntárseles están incorporados al país, vinculados de modo total a sus usos y costumbres, y sus hijos hasta al idioma. El hijo de uno de aquellos emigrantes es el Presidente de los Luises de Arrona. Los chicos de aquellos foráneos, sin excepción, presumen de la asistencia al Catecismo en vascuence. Quieren ser de aquí y son de aquí.

Al llegar a este punto es menester una mención al párroco de Arrona, don Joaquín de Aróstegui, alma, junto con otros sacerdotes, de esa admirable y cristiana labor vinculadora.

Acaso nos haría falta vencer nuestra innata timidez y adelantarnos al encuentro de los inmigrantes para explicarles nuestras peculiaridades y, sobre todo, la peculiaridad que acaso más nos distingue: el abrupto sentido de la dignidad e independencia consecuente a nuestras democrática manera de ser.

La experiencia me enseña cuán profundamente prenden las palabras lanzadas en esa dirección.

Invitado por un grupo de jóvenes montañeros asistí una mañana, hace poco, al simbólico acto de plantar un roble en una pintoresca altura abierta a deliciosos paisajes. Muy cerca vive una colonia de inmigrantes. Estos, en buen número, escucharon las sentidas cuartillas dedicadas por aquellos generosos chicos al árbol recién plantado, símbolo de muchas cosas en medio de este mundo positivista. Al final, requerido por ellos, improvisé unas palabras. Me dirigí a los foráneos: —«Ni ustedes ni yo —vine a decirles— veremos este arbolito convertido en árbol grueso y copudo. Pero sus hijos y los míos alcanzarán a verlo grande y podrán cobijarse debajo. Y todos ellos serán de esta tierra y se sentirán hijos de ella».

La humilde taberna del lugar nos cobijó a todos a la hora del *amaiketako*. Pocas veces en la vida me apretaron la mano como aquella mañana aquellos hombres...